

Sobre la educación estética del hombre

UNA SERIE DE CARTAS DIRIGIDAS AL DUQUE DE HOLSTEIN-AUGUSTENBURG POR FEDERICO SCHILLER.

(Ver No. 49)

13^a CARTA

A primera vista nada parece más opuesto que la tendencia de estos dos instintos, puesto que el uno tiende hacia el cambio, y el otro hacia la inmutabilidad. Y sin embargo estos dos instintos son los que agotan el concepto de la humanidad, y un tercer instinto *fundamental* que podría conciliar a ambos, es un concepto absolutamente inconcebible.

¿Cómo, pues, restableceremos la unidad de la naturaleza humana, unidad que aparece destruida completamente por esta oposición primitiva y radical?

Ambas tendencias se contradicen, es verdad, pero es necesario notarlo bien, no se contradicen en *los mismos objetos*, y aquello que no se toca no puede chocar. Sin duda, el instinto sensible exige el cambio, pero no exige que este cambio se extienda a la personalidad y a su dominio y que sea un cambio de los principios. El instinto formal quiere la unidad y la permanencia; pero no exige que con la personalidad se establezca también el estado y que haya identidad de sentimientos.

Estos dos instintos no son, pues, opuestos por naturaleza, y si a pesar de esto lo parecen, es porque han llegado a serlo por una libre transgresión de la naturaleza, desconociéndose ellos mismos y confundiendo sus esferas (1).

(1) — Cuando se admite un antagonismo primitivo, y por lo tanto necesario, de ambos instintos, no hay, por cierto, otro medio de mantener la unidad en el hombre, que subordinar incondicionalmente el instinto sensible al instinto racional. Pero de ahí no puede nacer más que la uniformidad, pero no la armonía, y el hom-

Velar sobre ellos y asegurar a cada uno sus límites, es la tarea de la cultura que, en consecuencia, debe a ambos igual justicia y debe amparar no sólo al instinto racional contra el sensible, sino también a éste contra aquél. Su tarea es, desde luego, doble: 1.º, proteger la sensibilidad contra las usurpaciones de la libertad; 2.º, garantizar la personalidad contra la fuerza de las sensaciones. Aquello alcanza por la cultura de la sensibilidad; ésto, por la cultura de la razón.

Ya que el mundo es algo extenso en el tiempo, cambio, la perfección de la facultad que pone al hombre en relación con el mundo, será necesariamente la mayor mutabilidad y extensión posible. Ya que la personalidad es lo permanente en el cambio, la perfección de la facultad que debe oponerse al cambio será, forzosamente, la mayor autonomía e intensidad posible. Cuanto más se desenvuelve la receptividad en sus múltiples fases, cuanto más móvil es, cuanta mayor superficie ofrece a los fenómenos, tanto más del mundo abarca el hombre, tanto

bre permanecerá eternamente dividido. La subordinación debe, es verdad, existir pero recíprocamente pues si bien no puedan las limitaciones, jamás fundar lo absoluto y en consecuencia la libertad no pueda jamás depender del tiempo, no es menos cierto que, por sí mismo, lo absoluto no puede jamás fundar los límites y que el estado en el tiempo no podría depender de la libertad. Ambos principios sean, pues, subordinados y coordinados al mismo tiempo, es decir, que sean recíprocos: no hay materia sin formas ni forma sin materia. (Este concepto de la reciprocidad y toda la importancia del mismo ha expuesto magistralmente Fichte en su «Fundamento de la doctrina universal de la ciencia», Leipzig 1794.) Por cierto que ignoramos todo lo que se refiere a la personalidad en el reino de las ideas, pero lo que sabemos con seguridad, es que no puede ella manifestarse en el reino del tiempo, sin recibir una materia; en este reino, pues, la materia tendrá algo que determinar, no solo subordinada a la forma sino también, a la misma e independiente de ella. Tan necesario como es, pues, que el sostenimiento nada decida en la esfera de la razón lo es a su vez necesario que la razón no se arroge el derecho de determinar en la esfera del sentimiento. Ya al asignar un dominio a cada uno de ambos, se excluyen recíprocamente y se fija a cada uno un límite que no puede ser franqueado sino en detrimento de ambos.

En una filosofía transcendental, donde importa libertar la forma del contenido y no confundir lo necesario con lo contingente, es fácil acostumbrarse a considerar todo lo material solamente como un obstáculo y a representarse la sensibilidad como en necesaria contradicción con la razón, porque en esta tarea especial es un estorbo. Tal opinión, no está por cierto, en materia alguna, en el espíritu del sistema kantiano, pero bien podría existir en la letra del mismo.

más facultades desenvuelve en sí. Cuanta mayor fuerza y profundidad adquiere la personalidad, cuanto mayor libertad la razón, tanto más del mundo comprende el hombre, tanto más formas crea fuera de él. Su cultura consistirá, pues: 1.º, en poner la facultad pasiva en contacto con el mundo, por el mayor número de puntos posibles, y en llevar al más alto grado la receptividad del sentimiento; 2.º, en procurar a la facultad activa la más grande independencia con relación a la pasiva, y en llevar al más alto grado la actividad de la razón, donde ambas cualidades concurren. El hombre asociará el más alto grado de autonomía y libertad, con la mayor plenitud de existencia, y en vez de perderse en el mundo, lo atraerá hacia sí mismo, con toda la infinidad de sus fenómenos, y lo someterá a la unidad de su razón.

Pero el hombre puede invertir esta relación y malograr su destino de dos maneras. Puede transferir a la fuerza pasiva la intensidad que requiere la fuerza activa, anticiparse por medio del instinto material al instinto formal, y hacer de la facultad receptiva, la determinante. Puede atribuir a la fuerza activa la extensidad que pertenece a la pasiva, anticiparse por medio del instinto formal, al material, y substituir la facultad determinante, a la receptiva. En el primer caso no será jamás el mismo; en el segundo, no será jamás algo distinto; luego, en ambos casos, no será ni lo uno ni lo otro; por consiguiente, no será (1).

(1) — La perniciosa influencia de una sensibilidad prepotente sobre nuestro pensar y obrar, salta a la vista de todos, no tan fácilmente aunque se produzcan con igual frecuencia y tenga la misma importancia, se ve la funesta influencia de una racionalidad prepotente sobre nuestra facultad cognoscitiva y nuestra conducta. Entre el gran número de casos pertinentes, permítaseme recordar solamente dos, que puedan poner en evidencia el peligro que representan las usurpaciones de la inteligencia y de la voluntad, sobre la intuición y la sensibilidad: Una de las causas principales del porqué progresan tan lentamente nuestras ciencias naturales, es, evidentemente, la inclinación general y casi invencible hacia los juicios teleológicos, en los cuales, cuando se da un valor constitutivo, la facultad determinante se substituye a la receptiva. Por enérgica y múltiple que sea la influencia de la naturaleza sobre nuestros órganos, toda su multiplicidad es perdida para nosotros, porque no buscamos sino lo que hemos puesto en ella; porque no dejamos que ella obre sobre nosotros, sino que queremos actuar sobre ella, desde adentro, con la razón, que impacientemente va al

En efecto, si el instinto sensible llega a ser determinante, si el sentimiento es el legislador y si el mundo ahoga la personalidad, pierde, en la misma proporción como objeto, lo que gana como fuerza. Cuando el hombre sólo es el contenido del tiempo, entonces no es, y no tiene por consecuencia tampoco contenido. Su estado es abolido juntamente con su personalidad, porque ambos son conceptos recíprocos: porque el cambio supone algo permanente y la realidad limitada una realidad infinita.

Si el instinto formal se hace receptivo, es decir, si la razón precede a la sensación, y la persona se substituye al mundo, pierde como sujeto y fuerza autónoma lo que gana como objeto, porque lo permanente supone el cambio y para manifestarse, la realidad absoluta requiere límites. Desde que el hombre no es más que forma, no tiene forma, y la personalidad desaparece con el estado. En una palabra: sólo cuando es autónomo, hay realidad fuera de él y es receptivo; sólo cuando es receptivo, hay realidad en él y es fuerza pensante.

encuentro de la naturaleza con los sentidos castos y abiertos, y halla por eso una multitud de fenómenos que hemos descuidado en nuestra preocupación, nos sorprendemos altamente que tantos ojos en plena luz del día, nada hubiesen notado. Esta precipitación que quiere realizar la armonía antes de haber reunido los sonidos esparcidos que deben constituir la, esta usurpación violenta de la razón sobre un dominio donde no debe reinar lo absoluto, es la causa de la esterilidad de tantas cabezas pensantes para lo mejor de la ciencia: y difícil sería decir lo que más ha dañado a la ampliación de nuestros conocimientos, si la sensibilidad, que no admite forma, o la razón que no espera el contenido. Igualmente difícil sería determinar, si es la vehemencia de nuestros deseos o la rigidez de nuestros principios, el egoísmo de nuestros sentidos o el egoísmo de nuestra razón, lo que más ha obstaculizado y enfriado nuestra filantropía práctica. Para hacer de nosotros hombres caritativos, simpáticos y activos, el sentimiento y el carácter deben unirse, del mismo modo como, para procurarnos la experiencia, un sentido despejado debe aliarse a la energía de la inteligencia. ¿Cómo podemos, por loables que sean nuestras máximas, ser justos, buenos humanos hacia los semejantes, si nos falta la facultad de identificarnos verdadera y sinceramente con una naturaleza extraña, de apropiarnos de situaciones extrañas, de hacer sentimientos nuestros de sentimientos extraños? Pero tanto en la educación que recibimos, como en la que nosotros mismos nos damos, esta facultad es oprimida en el mismo grado en que se trata de romper el poder de los deseos y fortificar el carácter por principios.

Como cuesta permanecer fiel a los principios, a despecho de la vivacidad del sentimiento se ha recurrido al medio más cómodo de asegurar al carácter amortiguando los sentimientos, pues no hay

Ambos instintos están, pues, limitados y necesitan, en cuanto fuerzas, ser amortiguados; aquel, a fin de que no invada el dominio de la legislación; éste, para que no haga irrupción en el dominio del sentimiento. Pero esta amortiguación del instinto sensible no debe ser el efecto de una impotencia física, ni de un embotamiento de los sentidos, que es siempre digno de desprecio; debe ser un acto de la libertad, una actividad de la persona, que, por su intensidad moral, modera la intensidad sensible, y por el dominio de las impresiones, les quita en profundidad lo que les da en superficie.

El carácter debe determinar sus límites al temperamento, pues el sentimiento debe perder solamente *en provecho del espíritu*. A su vez, la moderación del instinto formal no debe ser el efecto de una impotencia intelectual y de una relajación de las fuerzas intelectuales o volitivas, que envilecería a la humanidad. Es menester que su fuente gloriosa sea plétora de las sensaciones; es menester que la sensabilidad misma defienda su dominio con fuerza victoriosa y resista a la violencias que pudiera oponerle la actividad invasora del espíritu. En una palabra: es necesario que el instinto material sea contenido en

duda: es infinitamente más fácil descansar tranquilamente ante un adversario desarmado, que dominar un enemigo fuerte y valeroso. En esa operación consiste en gran parte lo que se llama **formar un hombre**, y usando el término en su mejor aceptación, cuando significa formación del hombre interior, y no solamente exterior. Un hombre así formado, es cierto que no correrá el riesgo de tener una naturaleza grosera y de manifestarla; pero, al mismo tiempo, estará acorazado por principios, contra todas las sensaciones de la naturaleza y permanecerá igualmente inaccesible a la humanidad exterior como a la interior.

Es hacer un abuso muy pernicioso del ideal de perfección el aplicarlo en todo su rigor a los juicios que formulamos sobre los otros hombres y a la apreciación de las circunstancias, en las cuales debemos obrar por ellos. Una de estas tendencias conducirá a la exaltación; la otra, a la dureza y a la frialdad. Se hacen, en verdad, singularmente fáciles, los deberes sociales, cuando al hombre real, que reclama nuestro socorro, substituímos en el pensamiento el **hombre ideal**, que probablemente podría ayudarse a sí mismo.

La severidad hacia sí mismo, asociada a la dulzura hacia los otros, constituye el carácter verdaderamente excelente. Pero con frecuencia, el hombre indulgente para los demás, lo será también para consigo mismo, y el hombre severo para sí mismo, lo será también para los otros; por indulgente para consigo mismo y severo para los demás, es el carácter más despreciable.

sus límites convenientes, por la personalidad, y el instinto formal por la receptividad o la naturaleza.

14.^a CARTA.

Hemos llegado al concepto de una acción recíproca tal entre los dos instintos, que la acción de uno funde y limita a la vez la acción del otro, y que, aisladamente tomados, cada uno de ellos llega a su más elevada manifestación, precisamente por la actividad del otro.

Sin duda, esta correlación de ambos instintos es simplemente un problema de la razón, que el hombre no podrá resolver enteramente, solamente en la perfección de su ser. Es, en el más íntimo sentido de la palabra, *la idea de su humanidad*; por lo tanto, un infinito al cual puede acercarse más y más en el transcurso del tiempo, pero sin alcanzarlo jamás. "No debe tender a la forma con detrimento de su realidad, ni a la realidad con detrimento de la forma; antes bien, es menester que busque al ser absoluto por medio de uno determinado, y al ser determinado por medio de uno infinito. Es preciso que frente a él, coloque un mundo, porque es una persona, y que sea una persona porque tiene un mundo frente a él. Debe sentir porque tiene conciencia de sí mismo, y debe tener conciencia de sí mismo porque siente." Que es conforme a esta idea, vale decir, que es hombre en la plena significación de la palabra, no puede saber nunca mientras satisfaga exclusivamente a uno de estos instintos o a uno después del otro; pues, mientras que no hace más que sentir, su personalidad y su existencia absoluta resultan para él un misterio, y mientras no hace sino pensar, le escapa su estado o su existencia en el tiempo. Mas si hubiera casos en los que el hombre pudiera obtener a la vez esta doble experiencia, tener a la vez la conciencia de su libertad y el sentimiento de su existencia, sentirse a la vez como materia y conocerse como espíritu; en estos casos, y solamente en éstos, tendría una intuición completa de su humanidad, y el objeto que le procuraría esta intuición, le sería un símbolo de su fin realizado y consecuentemente (ya que este destino no

puede ser llenado sino en la totalidad del tiempo) le serviría para representar el infinito.

Suponiendo que casos de este género pudiesen presentarse a la experiencia, despertarían en él, un nuevo instinto, que, precisamente porque en él coinciden los otros dos, resultaría opuesto a cada uno de ellos, tomados aisladamente, y con justo título podría considerarse un nuevo instinto. El instinto sensible exige que haya cambio, que el tiempo tenga un contenido; el instinto formal, que el tiempo sea suprimido, que no haya cambio. En consecuencia, el instinto en el cual los otros obran acordes, (séame permitido denominarlo, hasta que justifique este nombre, *instinto del juego*) el instinto del juego, tendría por objeto suprimir el tiempo *en el tiempo*, conciliar el devenir con el ser absoluto, el cambio con la identidad.

El instinto sensible quiere ser determinado, quiere recibir su objeto; el instinto formal exige determinar el mismo, pretende producir su objeto; el instinto del juego se esforzará, pues, en recibir tal como el mismo habría producido, y en producir tal como el sentido aspira a recibir.

El instinto sensible excluye de su objeto toda autonomía y libertad; el instinto formal del suyo, toda dependencia y pasividad. Pero la exclusión de la libertad es necesidad física; la exclusión de la pasividad, necesidad moral. Así, ambos instintos violan al alma, aquel por medio de leyes de la naturaleza, éste por medio de leyes de la razón. El instinto del juego, en consecuencia, que resume la doble acción de los otros dos, violará a la vez, moral y físicamente al alma; desde luego porque suprime toda contingencia, suprimirá también toda coacción y pondrá al hombre en libertad tanto física como moralmente. Cuando abrazamos con pasión a alguien que merece nuestro desprecio, sentimos con dolor, la coacción de *nuestra naturaleza*. Cuando tenemos sentimientos hostiles hacia una persona que nos inspira respeto, experimentamos con dolor, la coacción de *la razón*. Pero si esa persona nos inspira interés y si al mismo tiempo ha conquistado nuestra estimación, desaparece tanto la violencia del sentimiento como la de la razón, y empezamos a amarla, es decir, a gozar a la vez con nuestra inclinación y nuestra estima. Al obligarnos, del otro

iado, físicamente el instinto sensible, y moralmente el instinto formal, aquel hace contingente nuestra constitución formal, y éste, nuestra constitución material, es decir que es casual, si nuestra dicha concordará con nuestra perfección y recíprocamente.

El instinto del juego, en el cual los otros dos obran de consuno, hará a la vez contingentes nuestra constitución formal y material, y al mismo tiempo, nuestra perfección y nuestra dicha; precisamente por hacer a ambas contingentes y porque con la necesidad desaparece también la contingencia, volverá a suprimir en ambas la contingencia, y con ello, dará forma a la materia y realidad a la forma. A medida que quita su influencia dinámica a los sentimientos y a las pasiones, las pondrá en armonía con las ideas de la razón, y a medida que despoja a las leyes de la razón de su violencia moral, las reconciliará con el interés de los sentidos.

J. P.